

TRADUCCIÓN

UN CUENTO DE PREMCHAND

Introducción y traducción del hindi de Yogendra Kumar

Introducción

Dhanpatrai Shrivastava (31 de julio de 1880-8 de octubre de 1936), famoso por su seudónimo Premchand, aparte de ser novelista y cuentista, también era escritor de ensayos, dramas, traductor de novelas, artículos biográficos y literatura infantil. Nació en Lamhi, un pueblo que se encuentra como a 3 o 4 millas de Benares en el camino hacia Azamgarh, Uttar Pradesh, la parte norte de la India, en una familia Kayastha, la casta en la que desde siglos atrás la gente se identifica mediante su profesión, que requiere saber leer y escribir. Recibió su educación secundaria en varios lugares. Intentó ser abogado pero, debido a su poca habilidad en matemáticas no pudo lograr la beca para entrar al colegio, situación afortunada, pues de no ser así el mundo literario hubiese perdido grandes obras de la literatura hindi. Se tituló a los veintinueve años de edad, y debido a su interés y habilidad en otras materias obtuvo el puesto de profesor en una escuela. Se ganó la vida dando clases en escuelas, mayormente de gobierno, hasta 1921, cuando renunció a su puesto bajo la influencia de Gandhi.

Premchand —escritor de doce novelas, aproximadamente trescientos cuentos, cuatro obras de teatro, ocho traducciones de novelas, varios artículos biográficos y cuatro colecciones de literatura infantil— es más famoso por sus novelas y cuentos cortos, en los que se ve una descripción real y cercana de la vida rural de la India. Como ya hemos mencionado, nació en un pueblito del norte de la India, y continuó cercano a los pueblos a través de sus obras. En éstas, es notable su preocupación

por “los de abajo” —los intocables, los pobres, los marginados y sobre todo por los campesinos— que por siglos han sido explotados por “los de arriba” —los *pandits* (los sacerdotes), *zamindars* (los latifundistas) y los *vaishyas* (los negociantes). El tema más recurrente en la obra de Premchand es el sistema de tradiciones y costumbres en la India, que afecta a los pobres debido a su ignorancia, y a la manipulación que de dicho sistema hacen las castas altas.

El sistema de castas en la India no es desconocido en el mundo y la “distancia” que existe entre éstas ha creado todo tipo de problemas en la sociedad, en la cual la división de castas, amparándose en la historia y la interpretación religiosa, da privilegio a algunas en detrimento de otras. Ese fenómeno pasa por un largo proceso, y a lo largo del tiempo las interpretaciones y los conceptos se convierten en doctrinas, pensamientos, creencias, cultura. Debido a esa división, un sector de la sociedad tiene cierto poder (o ciertos poderes) —sea social, económico, político o religioso— para que con él pueda beneficiar a toda la sociedad. Sin embargo, pasa al revés. Los que deben ser beneficiados por aquellos que tienen el poder, se convierten en víctimas de abuso por parte de éstos. Ese proceso, que no es nada ajeno en la sociedad de la India, especialmente en la rural, se puede leer y percibir claramente en las obras de Premchand. Los *pandits*, los *zamindars* y los *vaishyas* —que tienen poder religioso, político y económico respectivamente— se aprovechan de él para explotar a los marginados y a veces también entre ellos. La sensación de tener poder, es decir, saber que uno tiene poder, es más peligroso que tenerlo. Esa sensación convierte al poderoso en el tirano. La discriminación sociorreligiosa surgida del sistema de las castas en la India es buen ejemplo de eso. Es un sistema en el que los poderosos cometen graves crímenes pero, sólo por haber nacido en una casta alta, es decir, tener ese poder social, la sociedad (obviamente, controlada por ellos mismos) les permite hacerlo sin ningún castigo. Como describe el autor, en uno de sus famosos cuentos “Thakur ka Kuan” (*El pozo del Thakur*), a través de la conversación de la protagonista (Gangu) con su enfermo marido (quienes necesitan agua pero no pueden obtenerla porque, al ser de casta baja, no se les permite sacarla del pozo

de un latifundista): “¿por qué somos inferiores y ellos son superiores? ¿Solamente por el *bilo* que llevan en su cuello? Los que están aquí, son uno peor que el otro. Lo que hacen ellos es robar, cometer fraudes, involucrarse en casos ilegales...”

Además del tema de la realidad social de la vida rural de la India, el estilo sencillo y el lenguaje coloquial, diría “cercano a la gente ordinaria”, que emplea el escritor, lo ubican en un lugar muy especial. Un muy buen ejemplo de su habilidad es *Godan* —una de sus novelas más famosas, o quizás la más famosa. En la novela, el título por sí solo expresa el intento del autor por describir una de las tradiciones más antiguas y “sagradas” en la India. *Godan* demuestra respeto por la vaca, y es una costumbre en la que un hindú puede lograr el *moksha* (salvación) regalando una vaca a los *pandits* —“representantes” de Dios. A lo largo de la novela, el protagonista, un campesino muy pobre, sufre toda su vida cumpliendo las costumbres de la sociedad, especialmente las religiosas. En la obra el autor dibuja varios sectores de la sociedad de la India. El estilo del autor es muy sencillo pero muy literario al mismo tiempo. Para dibujar la realidad social, la vida real y ordinaria de los campesinos, a los personajes reales (diría yo los personajes vivos), Premchand combina la sencillez de su estilo con el lenguaje coloquial, hablado, escuchado. Al estar leyendo su obra parece como si hubiésemos visto, como si hubiésemos conocido a esos personajes, como si hubiéramos escuchado la conversación presentada por el autor. Para crear dicho efecto, el autor usa la lengua hindustaní que tiene palabras —adaptadas cultural y lingüísticamente— provenientes del árabe, del urdu, del inglés, etc. No sólo usa palabras de otros idiomas, sino que juega con las palabras del hindi escribiéndolas en forma más “fácil”. Por ejemplo, para *prasad* (“ostia”) usa *parsad*; para *darshan* (visita); *darsan*; *grihasth* (vida matrimonial) *girastha*; *bhram* (ilusión), *bharam*; *varsha* (lluvia), *barkha*; *fikr* (preocupación), *fikar*; *kharch* (gastos), *kharach*; etcétera.

En las obras de Premchand, además de la realidad social como tema principal, aparecen otros temas. Se dice que un autor es la conciencia de los acontecimientos de la época en la que esta viviendo. En varias obras premchandianas es evidente su preocupación no solamente por los problemas sociales

sino por los acontecimientos políticos; éste es un tema muy importante, pues la India estaba pasando por una época de muchos cambios políticos y, debido al Movimiento de Independencia, Premchand no estuvo aislado de tales trastornos. Como ha sido mencionado arriba, renunció a su trabajo bajo la influencia de Gandhi y sus pensamientos. El cuento aquí presentado es un buen ejemplo de su aprecio por su patria. En una época (quizás todavía) la gente en la India sentía una gran atracción por conocer otros países. Se iban al extranjero para hacer fortuna y se quedaba allí. El presente cuento es un ejemplo del deseo de esa gente de no perder el contacto con sus raíces.

Ésta es mi madre patria, “Yahi mera vatan hai” o “Yahi meri matribhumi hai”, que fue publicado en 1907 y 1909, está considerado por los críticos como un cuento “débil” de Premchand por sus exageradas opiniones contra el mundo occidental. Se trata de la reacción de un anciano que regresa a su patria (en ese caso a la India), después de vivir sesenta años en el extranjero, con la esperanza de encontrar las mismas cosas, la misma gente con la misma actitud ante la vida y con los mismos valores y que se decepciona al hallar evidencias “desagradables” de las cosas occidentales (especialmente británicas) en todas partes: el metro, abrigos, pantalones, etc. E incluso al llegar a su pueblo, nota que construyeron un *bungalow* de un oficial inglés, que es vigilado por dos o tres guardias ingleses, donde se ubicaba el lugar en el que él, con sus amigos, solía hacer bañar a su caballo. En su pueblo, la gente hablaba sobre cortes, crímenes, jueces, etc., y los niños llevaban la ropa casi rota. El *dharmashala* se había convertido en un lugar de vicios, donde se tomaba alcohol, se apostaba, etc. El *chaupal* y el *gaushala*, que se pueden considerar como símbolos de un pueblo de la India, habían desaparecido y se habían sustituido por algo que no es de la India. Decepcionado con todo esto, cuando se encuentra sentado en un lugar solo, el anciano oye a unas mujeres que van cantando hacia el Ganges para tomar su baño sagrado. Él las acompaña y llega al lado del Ganges donde cumple sus esperanzas de ver las cosas que busca: el ambiente religioso —*ved-mantra*, oraciones, *gayatri-mantra*, etc. Decide vivir en una choza al lado del río “madre Ganges” hasta que el alma salga de su

cuerpo y que cumpla su último y único deseo que es ser parte de la madre patria.

En este cuento encontramos los elementos recurrentes en Premchand: su lenguaje, el estilo y la descripción de lugares y costumbres (aunque no detallados) del pueblo que indica la cercanía del autor con dicho ambiente. Además del aspecto literario, este cuento es importante por el hecho de que pertenece a una colección de cinco historias, publicada en 1909 por el periódico *Zamana*, con el título de *Soz-e-Vavan*. En esa época el autor trabajaba en una escuela. Un día lo llamaron de la oficina de la “delegación” local, y al llegar allá el inspector le preguntó: “¿Tú escribiste ese libro?... Tus cuentos están llenos de sedición. Debes estar agradecido de que estés bajo el gobierno británico. Si fuera el reino Mugal, ya te habrían cortado las manos...” Finalmente, la decisión fue que Premchand entregase todas las copias de *Soz-e-Vatan* y que no escribiese nada sin el permiso de la autoridad.

A pesar de dichas advertencias, el autor siguió escribiendo (o mejor dicho, criticando) no sólo sobre el mundo occidental, sino sobre muchos otros temas —imperialismo, comunismo, capitalismo, etc. De hecho, al ser éste un autor preocupado por la explotación del hombre por el hombre, sus obras son un ejemplo de crítica a la brutal realidad social que impera en el mundo. ❖

Bibliografía

- Swan, Robert O. (1969), *Munshi Premchand of Lambi village*, Durham, N. C., Duke University.
- Bhatiya, Kailashchand (Cita de) (1966), “Premchand ki Bhasha Shaili”, ed. Upanyaskar Premchand, Delhi.
- Sharma, Rajnath (1962), *Premchand: Alochnatmak Adhyayan*, (2nd ed.), Agra.
- Rubin David (Tr) (1969), *The World of Premchand*, selected stories of Premchand, Bloomington, Indiana University.

ÉSTA ES MI MADRE PATRIA

PREMCHAND

1

Hoy exactamente después de sesenta años vi mi tierra —mi querida tierra. Cuando mi amado país se despidió de mí y el destino me llevó a Occidente, yo era un joven. Mis venas tenían la sangre caliente. Mi corazón estaba lleno de entusiasmo y grandes esperanzas. A mí no me separó de mi país ni la opresión de algún tirano ni la de alguien poderoso. La tiranía y los problemas legales me podrían obligar a hacer cualquier cosa, menos que yo dejara mi querida madre patria. Eran las ambiciones y los grandes pensamientos los que me obsequiaron ese exilio.

Al llegar a América hice un buen negocio, y con éste gané mucho dinero y gocé como quise. Por fortuna, tuve una esposa que en belleza sólo competía consigo misma. La fama de su encanto y belleza se expandió en toda América. En su corazón no había ni un pensamiento que no tuviera que ver conmigo, yo la amaba de todo corazón y ella era todo para mí. Tuve cinco hijos que eran bonitos, sanos y honestos. Con ellos creció más el negocio. Ya tenía tiernos y pequeños nietos cuando quise ir a mi tierra para verla por última vez. Gasté un montón de dinero, dejé a mi amada esposa, a mis obedientes hijos y a esas pequeñas almas de mi corazón solamente para poder ver por última vez mi querida tierra natal. Ya soy muy viejo, dentro de diez años cumpliré cien. Ahora sólo queda un deseo en mi corazón, y éste es que yo sea parte de mi tierra.

Ese deseo no surgió repentinamente en mi corazón, sino que lo tenía también cuando mi querida esposa llenaba mi alma con sus dulces pláticas y sus tiernas sátiras. Y cuando mis hijos, que ya eran grandes, venían cada mañana y me saludaban con todo respeto, en ese tiempo también me dolía en el corazón estar separado de mi madre patria. Ese país no es mío y yo no soy de ese país.

Tenía dinero, esposa, hijos y patrimonio; pero no sé por qué me molestaba de vez en cuando el recuerdo de las chozas rotas, de un poco de la tierra de mi patria y de los mejores amigos de la niñez. Incluso en ocasiones de interminable felicidad y grandes fiestas ese pensamiento saltaba a mi corazón: “Si yo estuviera en mi país...”

2

En Bombay, cuando me bajé del barco, lo primero que vi fue a unos remadores vestidos con abrigos y pantalones negros que hablaban un poco de inglés. Después vi tiendas inglesas, metro y carros. Entonces encontré a la gente tomando tabaco y viendo hacia los carros de llantas bien grandes. Vi la terminal Victoria del tren, y marché hacia mi pueblo que está en medio de las montañas verdes. En ese momento mis ojos se llenaron de lágrimas y lloré mucho, porque aquél no era mi país. Ése era cualquier otro país. Era América o Inglaterra, pero no mi querida India.

Después de pasar por bosques, montañas, ríos y planicies, el tren llegó cerca de mi bonito pueblo, que en un tiempo competía con el paraíso por la abundancia de sus flores, árboles y frutas y por la riqueza de ríos y lagunas. Cuando me bajé del tren mi corazón brincaba de alegría —ya voy a ver mi linda casa— veré a mis queridos amigos de la niñez. A esa hora me había olvidado completamente de que soy un anciano de noventa años. Cuanto más me acercaba al pueblo más rápidos eran mis pasos y mi corazón se llenaba de un indescriptible gozo. A cada cosa daba una mirada extraña. ¡Ah! Éste es el arroyo en el que bañábamos a los caballos, para luego nosotros mismos zambullirnos; pero ahora han puesto rejas con espinas en ambas orillas. Enfrente, había un *bungalow* vigilado por dos ingleses. Ahora estaba estrictamente prohibido bañarse en el arroyo.

Fui al pueblo y mis ojos buscaban a mis compañeros de niñez, pero ¡alas!, la muerte se los había llevado a todos. Mi casa —mi choza casi rota— bajo cuyo techo jugué muchos años, donde sentí la alegría y despreocupación de la niñez y cuya

imagen todavía pasaba por mis ojos, aquella querida casa mía, ya estaba hecha polvo.

Ese lugar era “tierra de nadie”. Se veían cientos de gente paseando por aquí y por allá que platicaban acerca de la corte, la justicia, la policía, y en sus caras se reflejaban preocupación, desánimo y tristeza. Ya no había jóvenes como mis amigos —sanos, fuertes, con gracia en la cara—. En lugar de la arena de lucha, que yo ayudé a fundar con mis propias manos, había una escuela casi destruida. En ella bostezaban unos niños vestidos con ropa rota y de caras largas, sin gracia, como si estuvieran enfermos. Al verlos exclamé: —“no, no, éste no es mi querido país. No vine desde tan lejos a ver este país, que no es mi querida India”.

Corrí hacia el árbol de *banyan*, bajo cuya rica sombra me divertí en mi niñez, el cual era mi lugar de juegos entonces y de descanso en la juventud. ¡Ah! Al ver a ese querido *banyan* me dolió mucho el corazón y me dio una gran tristeza. Me llegaron memorias tan tristes y descorazonadas que estuve horas llorando sentado en la tierra. ¡Sí! Es ese *banyan* por cuyos troncos yo subía y llegaba hasta arriba, cuyas ramas eran como hamaca para nosotros y cuyos frutos nos parecían más dulces que cualquier dulce del mundo. Los mejores amigos que jugaban abrazándome, que a veces se enojaban, que a veces me consolaban, ¿dónde se han ido? ¡Alas! ¿Soy ahora el único viajero, sin casa, sin nada? ¿No tengo ningún compañero? Cerca de ese *banyan* hubo una “delegación”; ahora, y debajo del *banyan* estaba sentado alguien con un *safa* (turbante) rojo. ¡Alrededor de él unos diez o veinte hombres con turbante rojo estaban parados muy obedientemente! Allá, tendido en el suelo, estaba llorando un hombre hambriento, con la ropa rota, y al que castigaron con cuerdas. Me di cuenta de que éste no es mi querido país sino cualquier otro. Es Europa, es América, pero no es mi querida patria —de ninguna manera.

Me desesperé y fui hacia aquel *chaupal*, donde en las tardes mi papá fumaba *bukka* (pipa) con otros respetados ancianos del pueblo y había risas y carcajadas. Nosotros también dábamos vueltillas en aquel tapetote. Algunas veces también tenía lugar la reunión del pueblo (*panchayat*) cuyo jefe (*sarpanch*) siempre era mi papá. Cerca de ese mismo *chaupal* había un

gaushala donde solían estar todas las vacas del pueblo y nosotros jugábamos con sus becerritos allí mismo. ¡Qué pena que no haya ni comino de ese *chaupal* ahora! Hoy día, ese lugar estaba dividido entre puesto para inyectar vacunas y el correo del pueblo.

3

En aquel tiempo, al lado del *chaupal*, había un molino donde en la época de verano pelaban las cañas y todo se llenaba de rico olor a piloncillo. Mis amigos y yo nos sentábamos allá para recoger los pedacitos de caña, y nos sorprendía ver la habilidad de los trabajadores que hacían los pedazos. Miles de veces bebí jugo de caña mezclado con leche. Las mujeres y los niños que vivían cerca venían con sus cántaros y los llevaban llenos de jugo. Aunque todavía estuviera aquel molino en el mismo lugar, qué pena que en vez de la máquina de hacer piloncillo hubiera una máquina para hacer bolitas de cuerdas y enfrente de él se encontrara una tienda de *pan* y cigarros. Al ver esas escenas tan trágicas, con el corazón roto, pregunté a un hombre que parecía humilde: “Señor, soy un desconocido aquí. ¿Usted me haría el favor de hospedarme por esta noche?” Aquel hombre me miró de los pies a la cabeza con una mirada penetrante y me dijo: “Váyase a otro lugar, no hay nada aquí”. Fui a otros lugares y allí también recibí la misma respuesta: “Váyase a otro lugar, aquí no hay nada”. La quinta vez que pedí hospedaje a un señor, él puso unas garbanzas en mis manos. Éstas se me cayeron y empezó salir un río interminable de lágrimas de mis ojos. Involuntariamente salió de mi boca: ¡Alas! Este no es mi país, éste es cualquier otro país. Ésa no es mi querida India, donde respetan a los invitados, para nada.

Compré una caja de cigarros, y sentado fumando en un lugar solitario yo recordaba el pasado, y cuando de pronto me acordé del *dharmashala* (hostelería) que estaba en construcción cuando me fui al extranjero; corrí hacia allá pensando que podría pasar la noche allí, pero ¡pena!, ¡pena!, ¡gran pena! El *dharmashala* estaba tal cual pero no hubo ningún lugar en

él para los pobres viajeros. Alcohol, maldad y naipes eran los huéspedes allá. Al ver esa situación, desde mi corazón involuntariamente salió un suspiro tristísimo y grité con fuerza: “no, no, no y mil veces no: ésta no es mi querida India. Es cualquier otro país. Es Europa, es América pero no India”.

4

Era una noche muy oscura. El aullido de los chacales y los perros era tal que asustaba. Con el corazón roto me senté en la orilla del arroyo y pensé: “¿Qué hago ahora? Regresaré con mis hijos a que me incineren allá. Hasta ahora tenía mi tierra patria, aunque yo estaba en el extranjero siempre extrañaba a mi querido país, pero me he quedado sin patria. No tengo ninguna tierra mía”. Con esos pensamientos permanecí silencioso, con la cabeza sobre las rodillas. Pasé toda la noche sin dormir. La campana sonó tres veces y escuché que alguien estaba cantando. Mi corazón se llenó de alegría porque esa canción era de mi país, era la voz de mi madre tierra. Me levanté inmediatamente y vi a unas quince o veinte ancianas, vestidas con *dhotis* blancas, que con vasos en las manos iban a bañarse cantando: “¡oh, Señor! No toméis en cuenta nuestras debilidades...”

Estaba tan sublimado por esa canción, y escuché voces de muchas personas. Algunas pasaban con un *kamandal* de latón en sus manos diciendo *Siva-Siva, Har-Har, Gange-Gange, Narayana-Narayana*, etc. Es difícil expresar el efecto que dejó en mi corazón ese *raga* tan alegre y emotivo.

Había escuchado la dulce voz de mujeres perspicaces y encantadoras en América, miles de veces había escuchado por su boca palabras de amor, me divertía con sus frases amorosas, también había escuchado a los pájaros piando dulcemente, pero el placer, la alegría y el gozo que tuve al escuchar esa canción, nunca en la vida lo tuve antes, yo mismo tararé: “¡oh, Señor! No toméis en cuenta nuestras debilidades...”

Entonces mi corazón se llenó de ánimo, pues esas cosas sí eran de mi país. Mi corazón se llenó del mar de la alegría. Acompañé a esas personas, y cruzando un camino montañoso de

seis millas llegué a la orilla del río *Patit-pavani* (el redentor): zambullirse en su corriente y morir en sus abrazos es considerado por los hindúes una gran suerte. El redentor, Bhagirathi, Ganges corría como a seis o siete millas de mi querido pueblo. En aquel tiempo solía montar a caballo y mi corazón siempre llevaba el deseo de visitar a la madre Ganges. Aquí vi a miles de personas zambullirse en esta agua fría. Algunas, sentadas en la arena, cantaban *gayatri-mantra*. Algunos más estaban ocupados en hacer *havana*, otros se ponían *tilak* en su frente y leían en armonía *ved-mantra* en voz alta. Mi corazón se entusiasmó de nuevo y grité: “Sí, sí, ésa es mi querida patria, ésa es mi sagrada tierra madre, ésa es mi India, lo mejor de todo, y ése era mi ardiente deseo de visitarlo y mi deseo de ser parte de su sagrado polvo.”

5

Sentía un placer especial. Me quité el viejo abrigo y el pantalón y me dejé caer en el regazo de mi madre Ganges, como un inocente niño que, después de todo el día, al haber estado con gente cruel, en la tarde corriese a los brazos de su querida mamá y la abrazase fuerte. Sí, ahora estoy en mi país. Esa es mi madre patria. Son mis hermanos esa gente y es mi madre el Ganges.

Ya hice construir una pequeña choza en la orilla del Ganges. Ahora no hago otra cosa que repetir el nombre del *Rama* (Dios). Todas las mañanas y las tardes tomo un sagrado baño en el Ganges y mi gran deseo es que salga mi alma aquí y que mis cenizas se mezclen en la corriente de la madre Ganges.

Mi esposa y mis hijos me llaman muchas veces; pero ahora no puedo irme allá dejando de lado a mi madre Ganges y a mi querido país. Me entregaré solamente al Ganges. Ahora cualquier ambición del mundo no me puede llevar de aquí, porque éste es mi país y ésta es mi madre patria. Mi único gran deseo es que se me salga el alma en mi querida madre patria. ❖

Glosario

Bhagirathi: Otro nombre del Ganges que trata de la leyenda de un rey Bhagarath que del cielo trajo a la tierra a Ganges.

Chaupal: Lugar debajo de un árbol grande, que se usa en los pueblos, especialmente para pequeñas asambleas del pueblo.

Dharmashala: Un tipo de hostelería donde los viajeros se quedan sin pagar nada más que un donativo voluntario.

Dhotis: Como un "sari" de seda que usan para vestirse las mujeres.

Gaushala: Lugar donde cuidan a las vacas.

Gayatri-mantra: Uno de los mantras más populares y más sagrados de los hindúes.

Havana: Un rito hindú en el que echan ofrendas al fuego para los dioses.

Hukka: Instrumento para fumar (parecido a una pipa).

Kamandal: Un vaso especial que se usa para llevar el agua sagrada del Ganges.

Pan: Hoja, generalmente con tabaco, que la gente mastica para drogarse muy ligeramente.

Panchayat: La corte local en los pueblos, constituida de cinco respetadas personas del pueblo que actúan como jueces.

Sarpanch: El jefe de los cinco jueces locales del pueblo.

Siva-Siva, Har-Har, Gange-Gange, Narayana-Narayana: Un tipo de mantra que tiene nombre de varios dioses hindúes.

Tilak: Una rayita que ponen los hindúes en su frente y que puede ser de sándalo o de un polvo especial.

Vedmantra: Mantras de Vedas.

